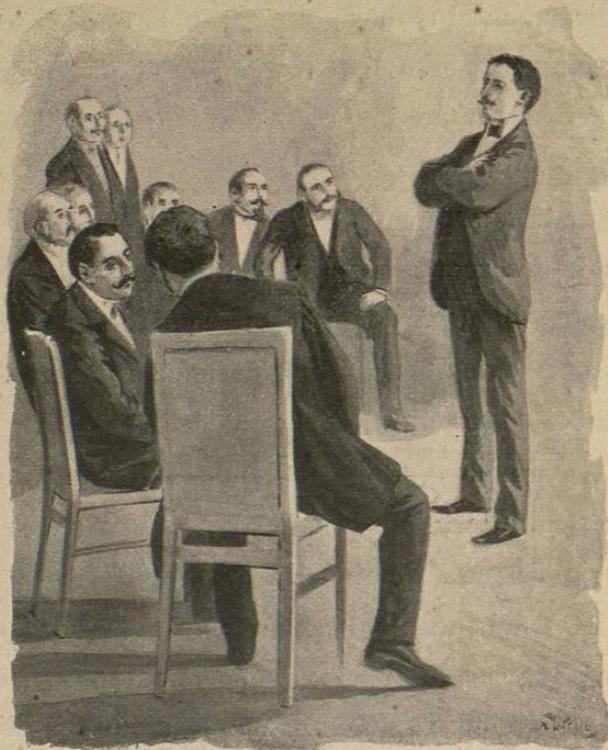


esfuerzo de voluntad el destroncamiento de la orgía, salió acompañado de su amigo y llegó al lugar en que se ade-



rezaba el potaje político en el instante preciso que se tomaban resoluciones.

— ¿Quién trata de entrar en arreglos con los mochos sin contar conmigo, que soy gobernador por ministerio de la ley?

Contestó uno de esos licenciados antojados y pasteleros que nunca faltan en parte alguna, diciendo que,

como no se sabía que el señor Ortega tuviera intención de asumir el mando, habían creído conveniente hacer paces con los mochos.

— Pues sí tengo intenciones y desde ahora las pongo en práctica.

Y saliendo de Zacatecas empezó su carrera de administrador y de soldado, reuniendo hombres y dineros, decretando medidas extremas contra la reacción y luchando sin cesar por su credo. Y entonces se vió algo raro y que parecía como cuento: el pobre tinterillo, el hijo de un administrador de hacienda, el poetastro abundoso y lleno de verba, se convirtió en un genio de la guerra. Ignoraba lo que eran el flanco derecho y el flanco izquierdo, y había obtenido contra el talento y la ciencia de Miramón, la brillante victoria de Silao, en que con intuición maravillosa adivinó cómo había que vencer al gran soldado conservador.

Su lectura se reducía al Nebrija, el Dmowski, al Lugdunense, á una media docena de novelones y á otra media de tomos de versos románticos, y cuando hablaba, las multitudes se sentían transportadas y llenas de entusiasmo é iban tras su huella como si hubiera sido la de un taumaturgo.

Y es que todo lo tenía Ortega: el ardimiento de los héroes, la clarividencia de los genios, la atracción de los conductores de hombres, la hidalguía de los paladines

y la tenacidad de los férreos zacatecos que detuvieron el paso de los conquistadores por tantos años. ¡Era un nuevo y potente Tenamaxtli, que, mejor aconsejado que el otro, se levantaba contra la opresión y el privilegio!

El señor González Ortega era, en los postreros días del año de 1860, un mocetón de treinta y tres ó treinta y cuatro años, alto, recio de miembros y sin un átomo de obesidad. Tenía blanca la tez aunque pálida y sin asomos de chapas de color; los ojos negros, pequeños y hundidos; la nariz fina, aunque algo arriscada; la boca carnosa y de labios delgados; el bigote corto y atusado con pomada húngara; el cabello lacio de suyo, rizado artificialmente; las extremidades finas, pequeñas y blancas.

Recibió la carta del señor Degollado y me dijo con serenidad:

— ¡Pobre don Santos! ¡Vea usted cómo tiene razón mi compadre el cura Herrera cuando dice, citando á no sé quién, que no sólo debemos ser sencillos como las palomas, sino también prudentes como las serpientes! El pobre señor ha sido la víctima de los hábiles, que han querido sacar la castaña con la mano privilegiada de nuestro antiguo jefe.

— Mi general, repuse; fíjese usted en que el señor Degollado está arrepentido de su falta y que la ha expiado ampliamente.

— Arrepentido... ó casi arrepentido, pues, llevado

por malos consejeros, ha ido á Toluca á fin de ponerse de acuerdo con Miramón para tratar del malhadado plan que no aceptan los conservadores ni los liberales... Pero



caro lo ha pagado: á la hora de esta, se encuentra prisionero.

— ¡Prisionero! exclamé espantado.

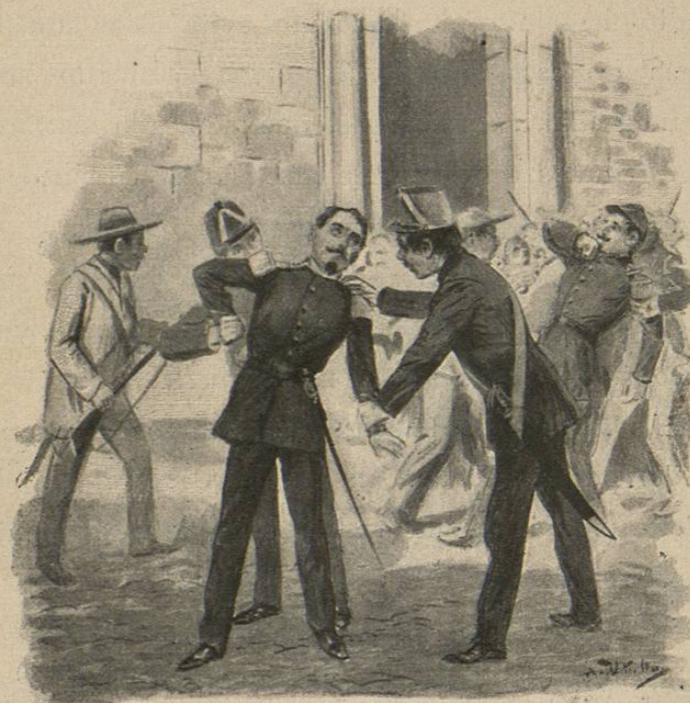
— Prisionero, sí, pero merecido se lo tiene... Recuerdo que hace tiempo leí en la historia de nuestra tierra la caída del adelantado Pedro de Alvarado en el rancho aquel de las Huertas que usted conoce, y desde entonces se me grabó en el entendimiento una frase que allí encontré... Como usted sabe, precipitó en el despeñadero al

pobre Tonatiuh un escribano medroso llamado Baltasar Montoya; y cuando ocurrieron los soldados á auxiliar á su jefe, éste no supo decirles más que: «Eso merece quien se junta con gente como Montoya»; y eso digo yo. «Tal merece quien se reúne con gente como Berriozábal»... Según me refieren en la carta, el gobernador de Toluca, en vez de tener consigo tropas ligeras que le ayudaran á salvarse en caso extremo, había acumulado artillería de campaña, carros estorbosos y trenes pesados que le servían para retardar cualquier movimiento... Parece que un joven de México, llamado Agustín del Río, sabedor de que Miramón salía de la capital, se puso violentamente en camino para avisar el suceso á don Felipe; pero éste, lejos de creerlo, pasó el día aún más descuidado que los otros. Miramón disfrazó con blusas rojas á unos cuantos soldados suyos, éstos cogieron á las avanzadas que podían haber dado aviso de la aproximación del enemigo, y cuando menos se pensó, á las once de la mañana y con un sol de justicia que era capaz de derretir el acero, cayó Miramón sobre Toluca, cogió la artillería de Berriozábal y lo batió con ella cogiendo prisioneros además del bueno de don Felipe, al señor Degollado, á Benito Farías, á Govantes y á otros varios... que salían de misa con la tropa.

— ¡Qué desgracia, señor!

— Desgracia, no, ciertamente; pues si Miramón no

nos hubiera hecho este servicio, quizás hubiéramos tenido nosotros que marchar sobre Toluca antes de ir sobre México, pues era menester extinguir este foco de rebelión



en el seno mismo del partido... Mi corresponsal me asegura que Miramón se tira de los bigotes y las barbas al ver que nos dió por nuestro juego, pues cogió papeles que le demuestran lo que pasa... Por lo que á usted toca, preséntese con Leandro Valle y dígame que le coloque entre los mil tapatíos que manda...

Leandro me trató con el cariño de siempre, y me dis-

puso quedara sin colocación inmediata para dármela á la hora que fuera menester.

— De hoy á mañana, me dijo, tendremos la refriega; Miramón acaba de salir de México y viene á buscarnos: el bendito descalabro de Toluca nos evita sitiar la capital con elementos escasísimos, y á la ciudad sufrir los horrores de un asedio... Cree Miguel que todo es presentarse y obtener triunfos; mejor; su buena estrella no puede durarle siempre y es lógico que le batamos otra vez.

— ¿Y cuál es el plan?

— El plan es marchar hasta dar con el enemigo, y una vez encontrado, pegarle ó que nos pegue...

A la mañana del día siguiente salimos á acampar cerca del pueblecillo de San Miguel Calpulalpam, á la vera del camino real, que era la presa que se disputaban los dos ejércitos.



CAPITULO XVI

Calpulalpam

No logré pegar los ojos en toda la noche. Me impidieron conciliar el sueño los gritos destemplados de los centinelas que custodiaban el campo, el aullar de los perros, y el frío intenso que llegaba acompañado de un airecillo que penetraba hasta los tuétanos. A eso de las cuatro de la madrugada, envuelto en mi desairada pañosa, dejé los ociosos terrones en que había pasado la noche, y me dí á vagar por el campo.

Obscuridad completa; al frente formaban una amplia cortina los árboles negrísimos, que como orla de aquella inmensa estribación de la serranía dejaban sus últimos toques en la llanura, donde agonizaba el paisaje. Luego, como exploradores del bosque, ejército de fantasmas que se parecía á lo lejos, una serie de chaparros, huizaches,